

Claves de pensamiento

Del desencanto a la polarización: el populismo como espejo de nuestras democracias

Ainhoa Uribe

Febrero de 2026

Del desencanto a la polarización: el populismo como espejo de nuestras democracias

Ainhoa Uribe, Vicerrectora de Internacionalización y Catedrática de Ciencia Política en la Universidad CEU San Pablo

El populismo ha sido interpretado frecuentemente como una respuesta coyuntural a crisis económicas o a crisis de representación política. Sin embargo, la evidencia empírica y los desarrollos teóricos recientes sugieren que el populismo se ha convertido en un rasgo estructural de las democracias contemporáneas, que ya no puede explicarse como un fenómeno aislado, pasajero o coyuntural. El presente análisis propone una actualización crítica de los enfoques clásicos sobre el populismo, incorporando aportaciones teóricas recientes, nuevos métodos de análisis empírico y el impacto de la digitalización de la comunicación política. A través de una revisión de la literatura, se argumenta que el populismo no debe entenderse como una anomalía transitoria, sino como un modo estable de articulación política en contextos de desconfianza institucional, desigualdad persistente y transformación del espacio público digital. La hipótesis central del trabajo es que el éxito electoral del populismo político en el contexto europeo es consecuencia de una crisis política explicada por la

desafección ciudadana y su desconfianza hacia los políticos.

Para autores como Albertazzi & McDonnell (2008), Pasquino (2008), Freidenberg (2007), o Ulloa (2016), la crisis política o crisis institucional, especialmente del sistema de partidos, era un factor clave en el surgimiento del populismo y hoy podemos afirmar además que es un factor determinante de su permanencia en nuestras democracias como partidos no ya “anti-sistémicos” sino partidos del propio sistema.

I. Introducción: del desencanto político a la normalización del populismo

Desde la última década del siglo XX, el populismo ha ocupado un lugar central en el debate académico y político. Tradicionalmente, ha sido interpretado como una respuesta reactiva a crisis específicas — económicas, institucionales o culturales— que erosionan la legitimidad de las élites políticas. Esta

interpretación, presente en buena parte de la literatura previa a 2018, concebía el populismo como un fenómeno esencialmente coyuntural y, en última instancia, autolimitado (Mudde, 2004; Weyland, 2001).

No obstante, los desarrollos políticos recientes cuestionan esta lectura. Lejos de desaparecer tras la superación de determinadas crisis económicas, el populismo ha demostrado una notable capacidad de adaptación y persistencia, reforzándose incluso en contextos de recuperación macroeconómica. La pandemia de COVID-19, la inflación global, la crisis climática y la digitalización acelerada del espacio público han contribuido a consolidar un entorno de incertidumbre estructural que favorece la expansión de narrativas populistas (Moffitt, 2016; Mudde & Kaltwasser, 2017).

Este artículo que resume la ponencia impartida en enero de 2026, en el *Seminario de Pensamiento 2025/2026*, organizado junto a la Fundación Ortega-Marañón, la Fundación Konrad Adenauer y el Club Tocqueville, parte de la hipótesis de que el populismo ya no puede ser entendido únicamente como la “vanguardia del desencanto político”, sino como un lenguaje político normalizado dentro de las democracias contemporáneas. Para ello, se propone una actualización del marco analítico clásico, incorporando aportaciones teóricas recientes, nuevas herramientas

metodológicas y una lectura renovada del caso español.

II. El populismo contemporáneo en Europa y su marco conceptual.

II.1. Las formaciones populistas europeas

El populismo no es un fenómeno reciente, sino que se vincula a la aparición de movimientos políticos de masas surgidos a finales del siglo XIX y comienzos del XX. A lo largo del tiempo, dio lugar a experiencias de gran alcance como el nazismo o el peronismo en la década de 1940, consolidándose como una forma de acción política empleada tanto por la derecha como por la izquierda. Se caracteriza por un contenido ideológico poco estructurado, centrado fundamentalmente en la relación directa entre un líder y las masas (Hermet, 2001). Lejos de desaparecer, desde las décadas de 1980 y 1990 se observa una nueva etapa del populismo, en la que la ideología pierde protagonismo en favor del liderazgo carismático, lo que otorga a los medios de comunicación un papel especialmente relevante, independientemente de la ubicación ideológica de dichas formaciones en el espectro tradicional derecha-izquierda.

El poder del populismo actual es más que notable. En el contexto europeo contemporáneo, el populismo se manifiesta tanto en líderes de derecha como de izquierda, influyendo en agendas políticas, discursos públicos y, en algunos casos, gobiernos. Entre los referentes de la derecha populista destacan figuras que, aunque no siempre ocupen el poder ejecutivo, ejercen un impacto notable en sus países y a nivel continental. En Europa Occidental y del Norte, Marine Le Pen en Francia, líder del Rassemblement National (RN), es el referente más visible de la derecha populista; aunque no gobierna, su partido ha sido de los más votados en varias elecciones recientes y marca la agenda política nacional. En España, Santiago Abascal, al frente de VOX, juega un papel clave en coaliciones autonómicas y en el Parlamento, condicionando políticas sobre inmigración, identidad y Estado. Otros ejemplos incluyen Matteo Salvini en Italia (Lega) y Geert Wilders en Países Bajos (PVV), quienes mantienen alta visibilidad mediática y capacidad de influir en la política europea.

En Europa Central y del Este, los referentes de derecha incluyen a Jarosław Kaczyński de Polonia (PiS), líder político con fuerte influencia sobre la agenda nacional, y Viktor Orbán en Hungría (Fidesz), cuya experiencia de gobierno ha consolidado un modelo de "democracia iliberal" ampliamente citado en estudios comparativos de populismo, hasta su reciente caída en abril de 2026. Robert Fico en

Eslovaquia (SMER-SD, socialdemócrata con rasgos populistas) y el presidente Andrzej Duda (PiS, Polonia) también destacan por su capacidad de moldear la narrativa política, combinando populismo con estrategias identitarias y antiélite.

En el espectro populista de izquierda, España ofrece un ejemplo paradigmático con Podemos y Unidas Podemos, así como con Sumar, partidos que, aunque no siempre gobiernan de manera autónoma, ejercen influencia en coaliciones parlamentarias y en la formulación de políticas públicas progresistas. Estos movimientos se caracterizan por discursos críticos hacia las élites económicas y políticas, la defensa de mayor intervención del Estado en economía y servicios sociales, y la movilización de sectores descontentos con la desigualdad y la percepción de "sociedad rota". Otros referentes de izquierda incluyen partidos como La France Insoumise (LFI) en Francia, *Die Linke* en Alemania, SYRIZA en Grecia y Bloco de Esquerda en Portugal, que articulan agendas antielitistas, sociales y redistributivas, manteniendo relevancia política incluso fuera de los gobiernos centrales.

En conjunto, estos líderes y partidos muestran que el populismo europeo se extiende más allá del gobierno formal, combinando capacidad de influencia en coaliciones, parlamentos y opinión pública, y articulando narrativas que van desde la crítica a las élites y la

defensa de la identidad nacional (derecha) hasta la movilización social y demandas de justicia económica (izquierda). La diversidad de estos referentes subraya la complejidad del populismo contemporáneo y su presencia persistente en el espectro político europeo.

II.II. El “pueblo” populista

La cuestión que tratamos aquí es esencial, porque el populismo hace uso permanente de la bandera democrática, autodenominándose los “verdaderos demócratas”, los “salvadores” de la democracia o los valedores del modelo auténtico de democracia. El problema radica entonces en la definición de la “democracia” (como ocurría antes con el concepto “pueblo”).

Entre las definiciones mínimas nos encontramos la de Norberto Bobbio (1994), para quien la democracia es el conjunto de reglas procesales para la toma de decisiones colectivas, contando con la más amplia participación posible de los ciudadanos. Pero un planteamiento tan sencillo de la democracia nos puede llevar a considerar como tal a muchos regímenes autoritarios, como China, Cuba o Corea del Norte, así como a sistemas híbridos, al estilo del venezolano. Por el contrario, las definiciones maximalistas hacen referencia también a la inclusión de controles constitucionales y a la defensa y promoción de los derechos y libertades fundamentales de los

ciudadanos (Robert Dahl, 1971: 12). Más aún, para Giovanni Sartori (1988: 340) democracia significa también control y, sobre todo, limitación a la concentración del poder. Para Juan Linz y Alfred Stepan (1996) democracia sería sinónimo de un gobierno transitorio, un gobierno temporal, lo cual distingue la democracia procedimental de la democracia liberal.

Una definición de democracia reducida al mecanismo electoral puede ser el instrumento que genere regímenes (más o menos) autoritarios. No obstante lo cual, para el populismo solo importa la voz del pueblo, el pueblo como “masa”, como un todo homogéneo. De ahí que los plebiscitos y los referéndums (sin garantías para la oposición y sin libertades para los medios de comunicación) son una constante en buena parte de los regímenes populistas. De hecho, en algunos países, con democracias poco consolidadas se está retrocediendo hacia un tipo de régimen híbrido o semiautoritario, es decir, en lugar de enfrentarnos a una nueva ola democratizadora, siguiendo a Huntington (1994), estaríamos ante una contra-ola. Son las denominadas “democracias delegativas”, según Guillermo O'Donnell (1994). Se les llama “democracias” porque surgen de procesos electorales (en ocasiones de validez discutida) y mantienen, con limitaciones, ciertas libertades individuales, como las de expresión, asociación, reunión y acceso a medios de información, pero no son

democracias liberales (García Oñoro, 2012: 15-35). En consecuencia, O'Donnell (2007: 82), nos advierte del peligro de este tipo de partidos populistas, puesto que *"la democracia también puede morir lentamente, no ya por abruptos golpes militares sino mediante una sucesión de medidas, poco espectaculares pero acumulativamente letales"*, bajo el gobierno de partidos políticos populistas. Por consiguiente, el populismo usaría el término democracia como parte de su estrategia política para la conquista del poder.

II.III. El populismo como estrategia política para la conquista del poder

La literatura clásica sobre el populismo ha oscilado entre tres grandes enfoques. En primer lugar, la concepción del populismo como una ideología "delgada", caracterizada por la oposición moral entre un pueblo homogéneo y una élite corrupta (Mudde, 2004). En segundo lugar, el enfoque estratégico, que lo entiende como un estilo de liderazgo personalista orientado a maximizar apoyo electoral (Weyland, 2001). En tercer lugar, la aproximación discursiva inspirada en Laclau, que define el populismo como una lógica de articulación política basada en la construcción de un sujeto popular frente a un antagonista (Laclau, 2005).

El término "populista" se emplea principalmente de manera peyorativa tanto en el ámbito académico como mediático. Por ello, lo primero que debemos tener en cuenta, como recuerda Margaret Canovan (1981: 5), es que los partidos populistas no se denominan a sí mismos "populistas" e incluso rechazan dicho término.

Para Weyland (2001) el populismo no sería un movimiento con una ideología clara, sino una estrategia política encaminada a competir por el poder político, cuyo éxito depende de la capacidad del líder para movilizar a una parte de la sociedad, de ahí que sea muy importante tener una personalidad carismática, emplear una retórica antielitista o contraria al statu quo, mantener un contacto directo con electorado y crear vínculos emocionales con éste.

El éxito de los populismos actuales se explicaría porque legitiman las necesidades de los sectores subrepresentados de la población (Novaro, 1996). Para ello, el líder se identifica con dichas masas infrarrepresentadas, por lo que Conniff (1999) insiste también en la importancia de la creación de lazos con el electorado. Su comportamiento es el propio de un partido catch all party (o partido atrápalo-todo), usando la terminología de Kirchheimer, que intenta obtener réditos de los ciudadanos desencantados a un lado y otro del espectro político.

Freidenberg (2007) pone el acento igualmente en la relación entre el líder y sus seguidores, aunque, para ella (2007: 245), los neopopulismos tienen una base social más difusa y pluralista, son grandes representantes de la "antipolítica" (con un discurso fuertemente antipartidista y anti-institucional). Así, hay autores que identifican el neopopulismo con la democracia iliberal (Zakaria, 2003; Crosti, 2004).

El populismo más moderno carece de un corpus ideológico concreto y se puede asociar a grupos tanto de la izquierda, como de la derecha. Según De La Torre (2010), que estudia el fenómeno en Iberoamérica, existen dos tipos de populismo: el neoliberal de la década de 1990 (Fujimori, Menem, Bucaram) y el populismo radical, de extrema izquierda, de la década de 2000 (Chávez, Correa y Morales). Pero, ¿se pueden definir bajo estas dos etiquetas los partidos populistas europeos? La diversidad de los partidos europeos es tan grande que no podemos definir el populismo político según las etiquetas clásicas izquierda-derecha, o como neoliberales, por un lado, y radicales de izquierdas, por otro. De este modo, Ignazi (2003), señala que los votantes populistas no se identifican con la extrema izquierda o la extrema derecha. Más aún, el populismo podría convivir con formas políticas autoritarias e incluso democráticas, considerándose, en ambos casos, ser los verdaderos demócratas (Albertazzi & McDonnell 2008: 4).

A este respecto, es necesario destacar que el populismo va generalmente ligado a otras ideologías (como pueden ser, el ecologismo, el nacionalismo, o incluso el neoliberalismo). Ello se debe a la amplitud del término "pueblo". Como nos recuerda Gianfranco Pasquino (2008: 15) el pueblo puede ser identificado con el "demos", por un lado, es decir con el ejercicio de la soberanía popular, lo cual haría compatible el populismo con la democracia, pero puede tener también otras acepciones, como la de "nación".

Esto entronca con el conflicto clásico del nacionalismo periférico o del nacionalismo de Estado, aunque en ambos casos el "demos" es un "ethnos", es decir, la raza, las tradiciones, la historia, la cultura o la lengua común serían elementos característicos de ese pueblo diferenciado (ya sea el austriaco, el francés, el escocés o el catalán, por ejemplo). Por último, Pasquino menciona una tercera acepción de la palabra pueblo, basada en una visión de sociedad de clases, de corte marxista o peronista: el pueblo serían los descamisados, los oprimidos, los vulnerables, frente a las élites (enemigas). Esta versatilidad de la interpretación del concepto "pueblo" permitiría, por consiguiente, aunar el populismo a ideologías políticas más articuladas.

De modo similar, Mudde (2004: 541) define el populismo como "una ideología de núcleo poroso, que considera que la sociedad está dividida en dos grupos homogéneos y antagónicos -'el pueblo puro'

frente a 'la élite corrupta'–, y que sostiene que la política debería ser una expresión de la voluntad general (voluntad general) del pueblo."

Albertazzi & McDonnell (2008: 3) ofrecen una definición similar: el populismo sería una ideología que enfrenta a un grupo, supuestamente, homogéneo y virtuoso de gente (el "pueblo") con un grupo de élites y otros enemigos, a los que se les acusa de privar (o de intentar privar) al pueblo soberano de sus derechos, valores, prosperidad, identidad y voz. Esta idea del pueblo y el ejercicio de la soberanía popular como el retorno al "paraíso terrenal" no sería una utopía, sino la vuelta a la verdadera democracia, que habría sido arrebatada a los ciudadanos por las élites (Taggart 2004).

Por otro lado, el populismo se puede definir como un estilo de comunicación específico (Jagers y Walgrave, 2007), sumamente emocional y simple, en el que se apela al pueblo como un bien superior, aquejado de numerosos problemas, por culpa de las élites que detentan el poder político, económico, etc. El problema es que los partidos políticos tradicionales también están haciendo uso, en ocasiones, de estrategias de comunicación populistas. Por consiguiente, no parece plausible entender el populismo únicamente en función de cómo se dirige al pueblo, sino del ensalzamiento que hace del pueblo, aunque es

importante destacar que existe un estilo de comunicación populista.

A la vista de la vaguedad programática del populismo, resulta más oportuno considerar el populismo como una estrategia política, antes que como una ideología. Como señala Weyland (2001: 14) el populismo sería "una estrategia política a través de la cual un líder personalista busca o ejerce el poder gubernamental a partir del apoyo directo, inmediato y no institucionalizado de grandes cantidades de seguidores generalmente no organizados". Sin embargo, esta definición requiere ser complementada por un elemento adicional, característico de los movimientos populistas más recientes: el énfasis en la búsqueda de una verdadera democracia, que actuaría como eje central que articula el discurso de lo que aquí llamaremos "neopopulismo".

III. Discusión: ¿patología o síntoma democrático?

El debate normativo sobre el populismo continúa abierto. Mientras algunos autores lo consideran una amenaza para la democracia liberal, otros lo interpretan como un síntoma de déficits estructurales de representación. Este artículo sostiene que ambas perspectivas no son excluyentes: el populismo revela fallos democráticos reales, pero su expansión plantea riesgos significativos para la calidad

democrática (Mudde, 2019; Pappas, 2019).

Hay algunos análisis recientes que, aun dando por supuesto la incapacidad populista de aportar soluciones políticas compatibles con la legitimidad liberal, propia de las democracias avanzadas, inciden sobre la capacidad de los populismos de apuntar a problemas reales y denunciar agravios legítimos, además de mejorar e incrementar la participación política entre públicos previamente apáticos (Pappas, 2013).

Sin embargo, desde mi punto de vista, resulta mucho más acertado el diagnóstico que realiza Pasquino (2008: 16) cuando afirma que los populismos son absolutamente incompatibles con las democracias. La razón es muy sencilla, dejando de lado los populismos que nacen en el seno de regímenes autoritarios, nos encontramos con que los discursos populistas, buscando una mejora de las democracias, en el fondo, suponen un desafío a la propia esencia de la democracia. A saber, para los populismos no cabe la pluralidad, no caben las minorías, la voz del llamado "pueblo" es la única voz legitimada para decidir en qué se basa el bienestar común. Ello conduce no al disenso propio de la democracia, sino a un consenso forzado y forzoso, donde no cabe la disidencia ni las opiniones contrarias.

Con todo, el acceso al poder constituye una prueba crítica para los movimientos populistas. La evidencia muestra que, lejos de

desaparecer, el populismo se reconfigura cuando gobierna, adaptando su narrativa para justificar tensiones con instituciones independientes, medios de comunicación y organismos técnicos (Pappas, 2019; Kaltwasser et al., 2017). Aunque no todos los gobiernos populistas producen un deterioro democrático inmediato, numerosos estudios señalan una erosión gradual de los contrapesos institucionales, especialmente cuando el liderazgo populista se combina con mayorías parlamentarias sólidas (Pappas, 2019; Kaltwasser et al., 2017).

Estos enfoques han permitido identificar rasgos comunes del populismo en contextos diversos, pero presentan limitaciones cuando se aplican al escenario político actual. En particular, tienden a subestimar la dimensión tecnológica, la hibridación ideológica y la capacidad del populismo para institucionalizarse sin perder centralidad discursiva (Moffitt, 2016; Mudde & Kaltwasser, 2017).

IV. El populismo en la era digital

La literatura reciente coincide en que el populismo debe entenderse como un concepto relacional y dinámico, cuya forma concreta depende de los clivajes políticos, culturales y tecnológicos de cada contexto. Esta perspectiva supera

definiciones sustantivas rígidas y enfatiza la plasticidad del populismo como repertorio político (Moffitt, 2016; Mudde & Kaltwasser, 2017).

Autores como Moffitt (2016) han subrayado el carácter performativo del populismo, destacando su dimensión emocional, mediática y escénica. Desde esta óptica, el populismo no se limita a un contenido ideológico, sino que se manifiesta como un estilo político que privilegia la dramatización del conflicto y la personalización del liderazgo.

La expansión del populismo contemporáneo no puede comprenderse sin atender al papel de las plataformas digitales. Las redes sociales reducen los costes de intermediación política y favorecen narrativas simplificadas y emocionalizadas, en plena sintonía con la lógica populista (Engesser et al., 2017).

Estudios recientes evidencian una relación significativa entre populismo y desinformación, especialmente en contextos donde la erosión de la confianza en medios tradicionales y expertos constituye un objetivo estratégico. En este sentido, la desinformación no es un fenómeno accidental, sino una herramienta funcional para la construcción del antagonismo pueblo-élite (Guess et al., 2019; Wardle & Derakhshan, 2017).

V. Causas y efectos del populismo

Si estamos ante una estrategia política ideológicamente tan débil y cuyos planteamientos chocan con la democracia liberal, pese a querer regenerarla, entonces, ¿qué hace que el populismo tenga éxito? Como veremos, hay que recurrir a una explicación multicausal, para entender el populismo europeo, en general, y el caso de Podemos, en particular.

Una primera explicación sería la económica: las situaciones de crisis económica darían lugar a un volumen importante de personas descontentas con el sistema. En esta línea, la Asamblea Parlamentaria del Consejo de Europa alertaba, en su *Report* de 7 de junio de 2010, sobre la posible vinculación entre la crisis económica que sacudía a los 47 países del Consejo de Europa desde 2008 y el incremento del populismo. Sin embargo, no parece que ésta sea la causa principal que pueda explicar el fenómeno. Los datos de las elecciones al Parlamento de la UE de 2009 y 2014 corroboran esta idea: no se puede argumentar únicamente que la crisis esté por detrás del auge del populismo. De un lado, porque, los populismos aumentan su representación también en países donde la crisis no ha azotado con tanta virulencia a los ciudadanos (en Austria crece el *Freiheitliche Partei*, en Bélgica el *Vlaams Belang* y en Francia el *Front National*). De otro lado, porque en

2014 la situación económica en la UE había mejorado gradualmente y, pese a ello, los partidos populistas aumentaron sus escaños e incluso en algunos casos, como España, irrumpieron partidos nuevos de corte populista (como Podemos), que no existían en los momentos más crudos de la crisis (2008-2011). De este modo, aunque no se puede negar que la economía está relacionada con el mayor o menor bienestar ciudadano, tampoco se puede decir que ésta sea la principal causa explicativa del populismo en Europa y en España. A ello hay que añadir que, en ocasiones, el populismo surge no precisamente en contextos de crisis económica, sino de bonanza, como puede ser el caso del nacionalismo italiano de la Liga Norte o del nacionalismo vasco. De modo que, procede explorar otras causas explicativas, sin olvidar que la economía puede influir en una parte del electorado populista.

Otra tesis posible es que los ciudadanos que apoyan el populismo responden a un patrón sociológico, que aglutina a las personas afectadas por la modernización (o la globalización), como las personas mayores, o los obreros no cualificados, que se verían amenazados por la inmigración procedente de terceros países, por su falta de conocimiento de las nuevas tecnologías, o por el efecto de la deslocalización de las empresas en otros países, lo que les haría más sensibles a los discursos populistas. Sin embargo, el voto de protesta populista no siempre se encuentra entre los sectores más

vulnerables, euroescépticos, solitarios o desfavorecidos de la sociedad, de modo que la modernización tampoco es una clave que explica el fenómeno en su totalidad, sino sólo de forma parcial.

La clave, por el contrario, parece residir en otro factor adicional: la desafección política y su consiguiente reacción: el sentimiento anti-partidos.

Para Albertazzi & McDonnell (2008) el auge del populismo en las democracias occidentales obedece al fracaso de los partidos políticos tradicionales para responder a los nuevos retos a los que se enfrenta la sociedad actual, como la globalización, la creciente inmigración, el declive de las ideologías políticas clásicas, o la visibilidad de los escándalos de corrupción política. Albertazzi & McDonnell (2008: 1) hablan de una "enfermedad política" (*political malaise*) que recorre Europa occidental, cuyos síntomas son el desencanto político general de los europeos con las instituciones públicas y sus representantes.

Veamos los datos, para contrastar la evolución en una década respecto a la confianza en los políticos. Según el Eurostat, en la Unión Europea (de 28 Estados), en el año 2013, el valor medio de confianza en el sistema político (en una escala de 1 a 10) era 3,5 puntos, y la confianza en el sistema legal era de 4,6 puntos, es decir, un clamoroso suspenso, en ambos casos, como puede verse en la tabla 2. Por el contrario, los

Europeos parecían más satisfechos con su nivel de vida, dato que alcanza los 7,1 puntos de media.

Tabla 1. Grado de satisfacción de los ciudadanos europeos con su nivel de vida y las instituciones. 2013. (ver Anexos).

Los países más satisfechos con su sistema político eran entonces: Finlandia (6.0), Malta (5.7), Suecia (5.6), los Países Bajos (5.5) y Luxemburgo (5.0). Fuera de la UE ofrecen valores positivos Noruega (5.9) y Suiza (6.6). Pero en unos y otros casos, ningún país concede un notable como valor medio a su sistema político, quedando los más satisfechos, cerca del mero "aprobado". En el extremo opuesto, esto es, entre los más insatisfechos, estaban: Portugal (1.7), Eslovenia (1.8), España (1.9), Grecia (2.0) e Italia (2.1). No debe extrañar, por tanto, la fuerza de Syriza, del Movimiento Cinco Estrellas, de Podemos, o de la CUP catalana (*Candidatura d'Unitat Popular*), entre otros.

Gráfico 1. Confianza de los ciudadanos de la UE (28) en el sistema político, el sistema legal y la policía. Año 2013. (ver Anexos)

Si tomamos como referencia el caso de los muy insatisfechos, como España, nos encontramos con que dicha falta de confianza en la política no se relaciona con un bajo nivel de vida. Más bien al contrario, los españoles consideran que su satisfacción media con el nivel de vida, en general, es buena, por lo

que le dan al citado indicador un valor de 6.9 puntos, muy próximo a la puntuación que le dan a dicho ítem los franceses (7.0), los británicos (7.3) o los alemanes (7.3), así como resulta muy similar al de los que confían más en sus instituciones, como los malteses (7.1).

Los datos disponibles de las encuestas de *Ipsos Global Advisor* muestran que las actitudes asociadas al populismo — especialmente la desconfianza hacia las élites y la percepción de crisis sistémica— no son meramente coyunturales, sino que han persistido en el tiempo y en múltiples países. Por ejemplo, en una encuesta internacional realizada en 27 países en 2019, aproximadamente el 64% de los encuestados estuvo de acuerdo con la afirmación de que se necesita un líder fuerte dispuesto a romper las reglas para arreglar su país, una proporción muy cercana al promedio global observado en 2016, lo que indica una estabilidad de estas actitudes a nivel global en ese periodo.

Una década después, según el *Ipsos Populism Report 2025*, basado en una encuesta global realizada en 31 países entre febrero y marzo de 2025 por la plataforma Global Advisor de Ipsos, una proporción significativa de la población mundial comparte actitudes asociadas al populismo. En promedio, el 56% de los encuestados considera que su sociedad está "rota", mientras que el 57% percibe que su país está en declive y el 47% afirma que se necesita un "líder fuerte" que rompa

las reglas establecidas para enfrentar los desafíos nacionales. Asimismo, el 68% cree que la economía está manipulada a favor de los ricos y poderosos, y esta percepción de manipulación se correlaciona con un 64% que respalda la idea de un liderazgo fuerte para recuperar el país de esos grupos privilegiados.

La comparación con datos de 2016 dentro del informe muestra reducciones en estas creencias en países como Polonia (-39 puntos porcentuales), México (-29) e Italia (-9), aunque persisten niveles elevados de malestar y desconfianza hacia las élites en 2025. Estos resultados reflejan que más de la mitad de la población global sostiene narrativas típicas del populismo —incluidos el pesimismo institucional y la demanda de liderazgo autoritario— que no solo continúan vigentes sino que se mantienen como vectores centrales de malestar político contemporáneo. Este estudio constituye evidencia empírica robusta sobre la pervivencia y expansión de actitudes populistas en diversas regiones del mundo (*Ipsos Populism Report 2025*, Ipsos).

Además, comparaciones históricas dentro del mismo informe sugieren que el sentimiento de que la sociedad está en declive ha aumentado en varios países europeos y no europeos clave desde 2016, como en Japón (incremento de 30 puntos porcentuales) o en el Reino Unido y Alemania, donde la sensación de

fractura social sigue siendo alta en 2025 (*Ipsos Populism Report 2025*). Estos resultados se alinean con encuestas previas de Ipsos (como la realizada en 2024), que también hallaron que más de la mitad de los encuestados en un conjunto de 28 países percibía su sociedad como "rota" o en declive, y que la mayoría creía que se necesitaba un liderazgo fuerte para recuperar el país de las élites dominantes.

Estos hallazgos indican que las actitudes populistas —tales como la desconfianza anti-élite, la percepción de sociedades fracturadas y la demanda de líderes fuertes— no han sido fenómenos pasajeros vinculados únicamente a crisis económicas puntuales (como la de 2008 o la de 2020 por la COVID-19), sino tendencias persistentes que se mantienen o, en muchos casos, se han intensificado en la última década. Este patrón sugiere que el malestar político y la desconexión percibida entre ciudadanía y élites siguen siendo rasgos centrales del clima sociopolítico global, trascendiendo crisis específicas o eventos electorales.

Como subrayaba Pasquino (2008: 21), la existencia de un desencanto político no es suficiente para que surjan los populismos, hace falta a su vez un ingrediente adicional: un sentimiento anti-partidos. El planteamiento es el siguiente: los partidos políticos tradicionales se habrían convertido en un obstáculo para el progreso y el bienestar de la sociedad. Los partidos no se

preocupan por los ciudadanos de a pie, como se vislumbra en las encuestas, por lo que la gente empieza a confiar en formaciones políticas de nuevo cuño, los populistas.

La causa es que se ha producido un fenómeno de "cartelización" de los partidos políticos, como definieron en su día Katz y Mair (1995). En otras palabras, la concepción de los partidos de Kelsen (1929) como el sine qua non de la democracia, dado su papel de representación de los intereses de los ciudadanos y su rol de mediación política, se habría agotado. Los partidos han ido evolucionando en el tiempo, desde los partidos de notables del XIX, a los partidos de masas, los partidos "atrápalo-todo" y, en la actualidad nos hallaríamos con un nuevo modelo: los partidos cártel, que conviven con los anteriores. Estos partidos buscan "cartelizar" los privilegios de los partidos gobernantes y los partidos de la oposición. Viven de las subvenciones públicas y se han convertido en los canales oficiales de la vida pública.

Los ciudadanos no serían ajenos a dicha realidad y empezarán a ser conscientes de que hacen falta otros partidos políticos. En esta situación puede surgir un nuevo tipo de partido, que rechaza las élites tradicionales y dice hablar en nombre del pueblo. Estaríamos así ante un nuevo modelo post-democrático (Mastropaolo 2008: 45), que pone en entredicho el papel de la democracia liberal y los

partidos tradicionales. La consecuencia directa del desencanto es que los ciudadanos demandan otro tipo de democracia, una democracia en la que el pueblo tenga mayor protagonismo.

VI. Conclusiones

En pocas palabras, a la vista del análisis, la emergencia del populismo en Europa está más ligada a la crisis política que a la crisis económica. En el marco de esa crisis política debe entenderse la desafección política de los ciudadanos con su sistema, rasgo común en el conjunto de la Unión Europea, y el desarrollo de un sentimiento anti-partidos (tradicionales). La consecuencia ha sido el surgimiento de múltiples partidos populistas que se han ido consolidando como los representantes del desencanto político.

La crisis y desconfianza en el sistema político haría más permeables a los ciudadanos a las estrategias de comunicación y programas políticos populistas, que les prometen regenerar el sistema democrático e incrementar las vías de participación ciudadana. En resumen, la crisis política e institucional sería el ingrediente clave que explica la fuerza actual del populismo en Europa, seguida, en menor medida, de la crisis económica u otras circunstancias personales que afectan a los ciudadanos.

Por ello, el populismo no puede seguir siendo analizado como un fenómeno transitorio ni marginal. Su persistencia, capacidad de adaptación y normalización discursiva lo convierten en un componente estructural de la

política contemporánea. Comprender el populismo exige enfoques interdisciplinarios, metodologías innovadoras y una atención constante a la transformación del espacio público digital.

Bibliografía

Adriaansen, Maud L., Van Praag, P. y de Vreese, C. H. (2012). A mixed report: The effects of strategic and substantive news content on political cynicism and voting. *Communications* 2012, vol. 37 (2), 153-172.

Akkerman, T. (2011). Friend or Foe? Right Wing Populism and the Popular Press in Britain and the Netherlands. *Journalism*, 12(8), 931-945.

Albertazzi, D. y D. McDonnell (eds.) (2008). *Twenty-first century populism: the spectre of Western European democracy*. Basingstoke: Palgrave.

Alonso, S. y C. Rovira Kaltwasser (2015). Spain: No Country for the Populist Radical Right? *South European Society & Politics*, 20 (1), 21-45

Betz, H. G. (2001). Exclusionary Populism in Austria, Italy and Switzerland, *International Journal*, 56(3), 393-419. Ç

Bobbio, N. (1994). *El futuro de la democracia*. México: Fondo de Cultura Económica.

Campus, D. (2010). El lenguaje populista en el poder. *Revista de sociología*, N° 24, 151-164.

Canovan, M. (1981). *Populism*. Londres: Harcourt Brace Jovanovich.

- Canovan, M. (1999). Trust the People! Populism and the two faces of Democracy. *Political Studies* 47 (1), 2-16.
- Cappella, J. N. y Jamieson, K. H. (1997). *Spiral of cynicism: The press and the public good*. Oxford University Press.
- CESCO, vol. II, pp. 1063-1072.
- CIS (2005). Estudio 2588 (enero 2005). Disponible en www.cis.es
- CIS (2012). Estudio 2962 (diciembre 2012). Disponible en www.cis.es
- CIS (2015). Estudio 3101. Barómetro junio 2015. Disponible en www.cis.es
- CIS (2016). Estudio 3.124. Barómetro de enero de 2016. Disponible en www.cis.es
- Conniff, M.L. (1999). *Populism in Latin America*. Tuscaloosa: University of Alabama Press.
- Conniff, M.L. (2003), Neopopulismo en América Latina, *Revista de Ciencia Política*, vol. XXIII, 31-38.
- Consejo de Europa (2010). Report The political consequences of the economic crisis, www.hub.coe.int
- Cranmer, M. (2011). Populist Communication and Publicity: An Empirical Analysis of Contextual Differences in Switzerland. *Swiss Political Science Review*, 17(3): 286-307.
- Crosti, M. (2004). Per una definizione del populismo come antipolitica, *Ricerche di Storia Politica*, 3, 2004, 425-443.
- Dahl, R. (1971). *Democracia y poliarquía*. New Haven: Yale University Press.
- De la Torre, C. (2004). Un balance crítico a los debates sobre el nuevo populismo. En VVAA. *Releer los populismos*. Quito: Centro Andino de Acción Popular.
- Di Tella, T. (1965). Populismo y reforma en América Latina. *Desarrollo Económico* vol. 4 (16)(abril-junio): 361-425,1965
- Diamanti, I. (2004). Anti-politique, télévision et séparatisme: le populisme à l'italienne. En Taguieff, P. A. (ed.) *Le retour du populisme: un défi pour les démocraties européennes*, Paris: Universalis.
- Engesser, S., Ernst, N., Esser, F., & Büchel, F. (2017). Populism and social media: How politicians spread a fragmented ideology. *Information, Communication & Society*, 20(8), 1109-1126. <https://doi.org/10.1080/1369118X.2017.1329333>
- Errejón, I. y Mouffe, Ch. (2015). *Construir Pueblo: Hegemonía y radicalización de la Democracia*. Barcelona: Icaria.
- European Parliament. (2025). *Populist Parties and Leaders in Europe: Profiles and Influence*. Brussels: European Parliament Research Service.
- Font, J. et al. (2012). *Opiniones y Actitudes. Democracia Silenciosa*, 71. CIS.
- Freidenberg, F. (2007). *La tentación populista*. Síntesis.
- Galais, C (2012). Edad, cohortes o período. Desenredando las causas del desinterés político en España. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 139: 85-110.
- García Oñoro, J. (2012). Latinoamérica: entre la democracia y el autoritarismo.

Estudios Políticos 41, julio-diciembre, 15-35.

Guess, A., Nagler, J., & Tucker, J. A. (2019). Less than you think: Prevalence and predictors of fake news dissemination on Facebook. *Science Advances*, 5(1), eaau4586. <https://doi.org/10.1126/sciadv.aau4586>

Hawkins, K. A., Riding, S., & Mudde, C. (2012). Measuring populist discourse in the United States and Europe. *Comparative Political Studies*, 45(11), 1479–1505. <https://doi.org/10.1177/0010414012448741>

Ignazi, P. (2003). *Extreme Right Parties in Western Europe*, Oxford University Press.

Ipsos Global Advisor. (2019). *Populist and Nativist Sentiment in 2019: A 27-Country Survey*. Ipsos. https://www.ipsos.com/sites/default/files/ct/news/documents/2019-09/populist_and_nativist_sentiment_in_2019-global_advisor_report_gb.pdf

Ipsos Global Advisor. (2024). *Ipsos Populism Survey 2024*. Ipsos. [https://www.ipsos.com/sites/default/files/ct/news/documents/2024-04/ipsos%20Global%20Advisor%20-%20Populism%20\(April%202024\)_1.pdf](https://www.ipsos.com/sites/default/files/ct/news/documents/2024-04/ipsos%20Global%20Advisor%20-%20Populism%20(April%202024)_1.pdf)

Ipsos Global Advisor. (2025). *Ipsos Populism Report 2025: System is Broken Index and key findings*. Ipsos. <https://www.ipsos.com/sites/default/files/ct/news/documents/2025-06/ipsos-populism-report-2025.pdf>

Jagers, J. and Walgrave, S. (2007). Populism as Political Communication Style: An Empirical Study of Political Parties' Discourse in Belgium. *European Journal of Political Research*, 46 (3): 319-345.

Kaltwasser, C. R., Taggart, P. A., Espejo, P. O., & Ostiguy, P. (Eds.). (2017). *The Oxford Handbook of Populism*. Oxford University Press.

Katz, R.S y P. Mair (1995). Changing models of party organisation and party democracy: the emergence of Cartel party. *Party Politics* 1 (1), 5-28.

Laclau, E. (1986). *Política e ideología en la teoría marxista. Capitalismo, fascismo, populismo*. México: Siglo XXI, 1986

Laclau, E. (2005). *La razón populista*, FCE, Madrid.

Laclau, E. y Ch. Mouffe (1985). *Hegemony and socialist strategy: towards a radical democratic politics*. Londres: Verso.

Lengauer, G., Esser, F., & Berganza, R. (2012). Negativity in Political News: A Review of Concepts, Operationalizations and Key Findings. *Journalism*, 12(2), 179-202.

Linz, J. y A. Stepan (1996). Towards consolidated democracies. *Journal of Democracy* 7 (2).

Mazzoleni, G., Stewart, J., and Horsfield, B. (2003) (eds). *The Media and Neo Populism: A Contemporary Comparative Analysis*. Westport, CT: Praeger.

Moffitt, B. (2016). *The Global Rise of Populism: Performance, Political Style, and Representation*. Stanford University Press.

Mouffe, Ch. (1993). *The Return of Political*. Londres: Verso

Mouffe, Ch. (2005). *On the Political*. Londres: Routledge.

- Mudde, C. (2000). *The Ideology of the Extreme Right*, Manchester University Press.
- Mudde, C. (2004). The populist zeitgeist. *Government and Opposition*, 39(4), 541–563. <https://doi.org/10.1111/j.1477-7053.2004.00135.x>
- Mudde, C. (2007). *Populist radical right parties in Europe*. Cambridge: CUP.
- Mudde, C. (2019). *The Far Right Today*. Polity Press.
- Mudde, C., & Rovira Kaltwasser, C. (2017). *Populism: A Very Short Introduction*. Oxford University Press.
- Novaro, M. (1996). Los populismos latinoamericanos transfigurados. *Nueva Sociedad* 144, julio-agosto, 90-103.
- O'Donnell, G. 1994. Delegative Democracy. *Journal of Democracy* 5 (1), 55-69.
- O'Donnell, G. (1977). ¿Democracia delegativa?. *Contrapuntos: ensayos escogidos sobre autoritarismo y democratización*. Buenos Aires: Paidós.
- Pappas, T. (2013). Why Greece failed. *Journal of Democracy*, 24 (2), 31-45.
- Pappas, T. S. (2019). *Populism and liberal democracy: A comparative and theoretical analysis*. Oxford University Press.
- Rovira Kaltwasser, C. (2011). *The ambivalence of populism: threat and corrective for democracy*. *Democratization*, 19 (2), 184-208.
- Rydgren, J. (2023). *The Oxford Handbook of Populism*. Oxford University Press.
- Sartori, G. (1988). *Teoría de la Democracia*. Alianza.
- Taggart, P. (2004). Populism and Representative Politics in Contemporary Europe, *Journal of Political Ideologies*, 9(3), 269–288.
- Tarchi, M. (2003). *L'Italia populista. Dal Qualunquismo ai Girotondi*, Bologna: Il Mulino.
- Thomassen, L. (2016). Hegemony, populism and democracy: Laclau and Mouffe today (review article). *Revista Española de Ciencia Política*, nº 40, marzo, pp. 161-176.
- Torcal, M. y Montero, J. R. (2006). (Eds.), *Political disaffection in contemporary democracies: Social capital, institutions, and politics*. Routledge.
- Torre, C. De la (2010). *Populist Seduction in Latin America*, Ohio University Press.
- Ulloa, C. (2016). Emergencia del populismo y ruptura de acuerdos políticos. *Revista de Estudios Sociales*, nº 56, abril-junio, pp. 39-50.
- Uribe Otalora, A. (2017). El populismo como vanguardia del desencanto político en Europa: El fenómeno "Podemos" en España. *Revista de Estudios Políticos*, (177), 213–255.
- Vergeer, M. & Hermans, L. (2013). Campaigning on Twitter. Micro-blogging and online social networking as campaign tools in the 2010 general elections in the Netherlands. *Journal of Computer-Mediated Communication*, 18(4), 399-419
- Vergeer, M., Hermans, L., & Sams, S. (2011). Is the voter only a tweet away? Micro-blogging in the 2009 European Parliament elections. *First Monday*, 16(8).

Waisbord, S. (2020). Truth is what happens to news: On journalism, fake news, and post-truth. *Journalism Studies*, 21(9), 1181–1188. <https://doi.org/10.1080/1461670X.2020.1789272>

Walgrave, S. y K. De Swert. (2004). The Making of the (Issues of the) Vlaams Blok. The Media and the Success of the Belgian Extreme-Right Party. *Political Communication* 21: 479-500.

Wardle, C., & Derakhshan, H. (2017). *Information Disorder: Toward an interdisciplinary framework for research and policy making*. Council of Europe.

Weyland, K. (2001). Clarifying a contested concept: Populism in the study of Latin American politics. *Comparative Politics*, 34(1), 1–22. <https://doi.org/10.2307/422412>

Zakaria, F. (2003). *El futuro de la libertad*. Bogotá: Santillana Ediciones Generales – Taurus.

Anexos

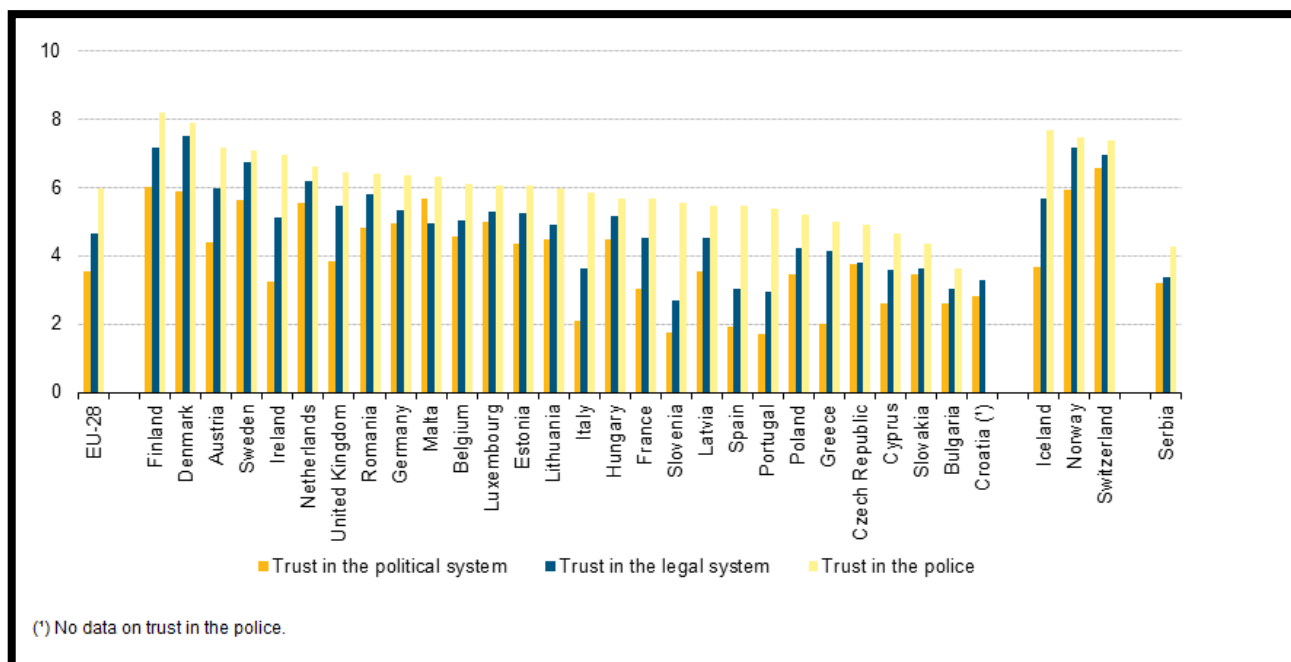
Tabla 1. Grado de satisfacción de los ciudadanos europeos con su nivel de vida y las instituciones. 2013.

	Satisfacción media con el nivel de vida	Confianza media en el sistema político	Confianza media en el sistema legal	Confianza media en la policía	Confianza media en otras instituciones
UE-28	7.1	3.5	4.6	6.0	5.8
Bulgaria	4.8	2.6	3.0	3.6	4.2
Portugal	6.2	1.7	2.9	5.4	5.3
Hungría	6.2	4.5	5.1	5.7	5.3
Grecia	6.2	2.0	4.1	5.0	5.3
Chipre(1)	6.2	2.6	3.6	4.7	4.5
Croacia	6.3	2.8	3.3	-	5.1
Estonia	6.5	4.4	5.2	6.0	5.8
Letonia	6.5	3.6	4.5	5.4	6.5
Italia	6.7	2.1	3.6	5.8	5.7
Lituania	6.7	4.5	4.9	6.0	6.1
España	6.9	1.9	3.1	5.4	6.3
República Checa	6.9	3.7	3.8	4.9	5.3
Eslovaquia	7.0	3.5	3.6	4.4	5.8
Eslovenia	7.0	1.8	2.7	5.5	6.5
Francia	7.0	3.0	4.5	5.7	5.0
Malta	7.1	5.7	4.9	6.3	6.2
Rumanía	7.2	4.8	5.8	6.4	6.4
Alemania	7.3	4.9	5.3	6.4	5.5
Reino Unido	7.3	3.8	5.5	6.4	6.1
Polonia	7.3	3.5	4.2	5.2	6.0
Irlanda	7.4	3.2	5.1	6.9	6.4
Luxemburgo	7.5	5.0	5.3	6.1	5.5
Bélgica	7.6	4.6	5.0	6.1	5.7
Países Bajos	7.8	5.5	6.2	6.6	6.9
Austria	7.8	4.4	6.0	7.2	5.9
Suecia	8.0	5.6	6.7	7.1	6.9
Dinamarca	8.0	5.9	7.5	7.9	8.3
Finlandia	8.0	6.0	7.2	8.2	7.4
Noruega	7.9	5.9	7.2	7.5	7.3
Islandia	7.9	3.7	5.7	7.7	7.0
Suiza	8.0	6.6	7.0	7.4	6.4
Serbia	4.9	3.2	3.4	4.3	4.2

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos de Eurostat.

(1) Sin datos de confianza en la policía

Gráfico 1. Confianza de los ciudadanos de la UE (28) en el sistema político, el sistema legal y la policía. Año 2013.



Fuente: Eurostat

Nota:

- *Trust in the political system*: Confianza en el sistema político.
- *Trust in the legal system*: Confianza en el sistema legal.
- *Trust in the police*: Confianza en la policía

Síguenos en

